



Nación y nacionalismo: roteando horizontes¹

Por ARMANDO CHAGUACEDA

Mucho se ha hablado en Cuba del fenómeno nacional, en espacios públicos y domésticos. Como regla, nuestros avezados lectores conocen bien las referencias criollas al tema, hechas por sucesivos acercamientos de pensadores independentistas, liberales, republicanos y socialistas, por lo que no considero necesario volver una vez más a ellas. Deseo entonces proponer una visión más amplia en términos teóricos y contextuales.

No descubriremos el agua tibia si recordamos que los disímiles sujetos que constituimos una sociedad nos insertamos, como actores, en determinadas tradiciones históricas e ideológicas. Ideas, valores, prácticas, formatos de organización y acción conforman dichas narrativas, que nutren y otorgan sentido a nuestra existencia cívica. Interpretar los horizontes de estas presupone explicar el vínculo entre los significados activados por las formas simbólicas y las relaciones de dominación que ayudan a establecer y sostener; implica, por tanto, analizar los diversos proyectos políticos enfrentados en nuestro entorno².

Para lograr esa comprensión, debemos destacar el papel de elementos como la literatura, la historia, y la educación, como vehículos activos de la socialización política que, articulados, difunden los arquetipos que influyen en la conducta y la imaginación de las sucesivas generaciones³. Dentro de nuestra patria, el ejemplo de José Martí, utilizado y recreado selectivamente por las tradiciones que gestaron las Repúblicas de 1901, 1940 y 1976, es el ejemplo palpable. De su pensamiento, las nociones de justicia, dignidad e independencia sobresalen como elementos clave en Cuba, vertebrados alrededor de las ideas de nación y nacionalismo.

¿Qué sería, en sentido moderno, una nación? Más que territorio, cultura, etnia... las naciones son "(...) constructos de las convicciones, fidelidades y solidaridades de los hombres" fundadas por personas que devienen ciudadanos de la nación cuando "(...) se reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros"⁴. Como creación cultural capaz de ser trasplantada a una gran diversidad de contextos, la nación moderna deviene una comunidad política imaginada, donde, pese a la ausencia de nexos que los ligen directamente entre sí, sus miembros se sienten parte de una comunidad mayor⁵. Ser cubano es un ethos asumido y recreado de formas diversas, que hace compartir ciertas nociones básicas (a menudo encantadoramente misteriosas) a un mulato pensionado de Guantánamo, un rubio tecnócrata residente en Miramar o a una joven pintora radicada en Barcelona. Aunque será el posicionamiento ante los divergentes proyectos de país lo que defina los contornos precisos de nuestro nacionalismo y demarque posturas dentro del imaginario común

El nacionalismo es un principio político legitimador que defiende la idea de congruencia entre la unidad nacional y la política. Puede utilizar para ello herencias culturales prenatalistas (panteón yoruba o credo católico) o postular alternativas ideológicas, jurídicas, institucionales (la Constitución de 1940 o la Declaración de La Habana). Sin embargo, como toda ideología, la nacionalista no puede ser tomada como reflejo veraz de lo social, pues suele estar infectada de falsa conciencia y generar mitos que disfrazan la realidad, de modo que con frecuencia la política nacionalista "(...) dice defender la cultura popular, pero

de hecho forja una cultura desarrollada; dice proteger una antigua sociedad popular, pero de hecho ayuda a levantar una anónima sociedad de masas"⁶. El nacionalismo deviene, por tanto, terreno de engaños, mitos, disputas y legitimación.

Y es que la matriz histórico sociológica del nacionalismo reside en una sociedad moderna, anónima e impersonal, organizada a partir de la coordinación y centralización burocrática y tecnológica, la división social del trabajo y una comunicación estabilizada a partir de un lenguaje común, mediatizada por la educación y orientada al desarrollo⁷. Sin embargo, aunque el nacionalismo nace de las exigencias estructurales distintivas de la sociedad moderna, en su maduración es determinante la voluntad de colectividades humanas, pues confluyen tanto procesos endógenos de adhesión voluntaria (lealtad e identificación a tradiciones, territorios, colectivos, personas) y exógenos compulsivos (temor y coacción)⁸. Por ello, tanto las amenazas (reales o supuestas) de agresión extranjera, como la promoción de festivales y tradiciones culturales (musicales, culinarias, literarias) pueden ser modalidades de poder duro o blando movilizado, con visos y propósitos patrióticos, desde el agente primordial de las políticas nacionalistas: el Estado.

Nación y Estado

En la consolidación de una nación y la defensa y promoción del nacionalismo el papel protagónico de un Estado activo es central, como protector de una cultura y economía locales. Si reconocemos que los estados "(...) naturalizan sus concepciones preferidas de lo nacional a través de su capacidad para

dominar el discurso público”⁹ entonces podremos comprender por qué el nacionalismo “(...) no es una constante, sino una variable en el tiempo. La política nacionalista se interrumpe por periodos más amplios de contención, parábolas de movilización e interrupción que crecen en la medida en que cambian las posibilidades de desafío”¹⁰. Los formatos de este énfasis (o reflujo) nacionalista están configuradas por los juegos de poder que ocurren dentro de las instituciones estatales y en la más amplias capas de la sociedad.

Para los Estados la reformulación de la hegemonía es clave, sobre todo en fases de cierta estabilización. Estos “(...) tratan de institucionalizar las conductas e identidades para prevenir desafíos a las concepciones oficiales de lo nacional.”¹¹ También demarcan las fronteras de lo nacional/soberano/patriótico/ y lo antinacional/mercenario/apátrida, identificándolo con posturas ajenas a la cosmovisión territorialmente dominante. De eso los ejemplos abarcan desde el fundamentalismo racista de la Nueva Derecha estadounidense, empoderada con G. W. Bush hasta la estigmatización de nuestra emigración -con énfasis especial en aquella dirigida a Estados Unidos- durante casi 30 años¹².

Los Estados comparten elementos nacidos de rasgos ontológicos comunes, como ideologías o modos de organización y dominación que se alimentan mutuamente¹³. Tanto los regímenes demoliberales, como los populistas y socialistas de estado, necesitan el fomento del nacionalismo y toman alternativamente a la Constitución, los Padres Fundadores, los Destinos Manifiestos, la Revolución y el panteón de próceres como fuente y encarnación de derecho. Charles Taylor recuerda que, incluso para los nacidos de revoluciones anticapitalistas, al emanar de la voluntad popular “(...) es esencial a su legitimidad que no puedan dejar a sus ciudadanos en una condición de obediente pasividad, como se contentaban con hacer los anteriores regímenes despóticos. Deben siempre movilizarse en reiteradas expresiones de voluntad unánime e inquebrantable: elecciones simuladas, manifestaciones, desfiles del Primero de Mayo y cosas por el estilo.”¹⁴

De todas formas hay que destacar que el nacionalismo, como política de estado, comporta ciertos peligros o limitaciones genéticos. Los nacionalismos oficiales fueron mayormente discursos conservadores, nacidos en las monarquías europeas y en las repúblicas oligárquicas hispanoamericanas del siglo XIX, y se caracterizaron por emanar del Estado y servir a sus intereses de expansión y legitimación¹⁵. Enfrentaron la emergencia de los nacionalismos revolucionarios, periféricos y republicanos (desde la Hispanoamérica de Bolívar a la Grecia de Byron), ligados a movimientos heterogéneos de clases medias y populares. Después el sustrato nacionalista sirvió de fermento a especies de la peor ralea en el pasado siglo, desde el nazifascismo hasta el régimen de Pol Pot en Kampuchea.

El problema mayor lo tiene la izquierda radical (la única que se compromete con un proyecto de emancipación general) y se complica cuando, una vez asaltado el cielo en las revoluciones radicales, el nuevo aparato estatal comienza a reproducir lógicas y discursos tradicionales que resultan funcionales a su fortalecimiento para enfrentar las grandes tareas históricas y asegurar respetabilidad y reconocimiento dentro del orden internacional. De esa forma “(...) el modelo del nacionalismo oficial adquiere su pertinencia sobre todo en el momento en que los revolucionarios toman el control del Estado, y se encuentran por primera vez en posibilidad de usar el poder de este para realizar sus sueños (...)” tanto si heredan personas, estructuras, leyes e información del antiguo régimen como si no ocurre eso y entonces el nacionalismo estadocéntrico “influye en los estilos del liderazgo postrevolucionario en una forma mucho más sutil”¹⁶.

En una discusión desarrollada durante los pasados 20 años, que posicionó a pensadores marxistas y a otros colegas, se consignó que “(...) desde la Segunda Guerra Mundial, toda revolución triunfante se ha definido en términos nacionales (...) los movimientos y los Estados marxistas han tendido a volverse nacionales no solo en la forma sino también en la sustancia, es decir nacionalistas”¹⁷. En nuestro país es un hecho fehaciente que todas las revoluciones han reunido la creación o regeneración societarias junto a la consolidación de la nación. Y en las de 1933 y 1959 se cumplía, particularmente, una de las caracterís-

ticas distintiva de las revoluciones anti-colonialistas del siglo XX “(...) el esfuerzo por establecer una nueva forma de sociedad con sustanciales elementos socialistas.”¹⁸

Ello afecta a un componente central del pensamiento revolucionario cubano: el internacionalismo. Es un error creer que el llamado internacionalismo proletario es la única modalidad posible de este pensamiento y movimiento popular, orgánico a la historia e identidad nacional cubanas. Existente desde antes de 1959 (ejemplos: la solidaridad con la España republicana, y la lucha contra sátrapas como Trujillo o Somoza), la praxis solidaria ha estado presente como movimiento en ambos sentidos (se recibe y proyecta) al margen de estructuras estatales. Hoy contribuye a la seguridad nacional y le granjea al país altas cuotas de reconocimiento y apoyo internacional, al tiempo que supera lo logrado por los países del llamado socialismo real.

Pero el internacionalismo no puede ser una mera extensión global de la política de Estado y el internacionalismo de matriz civil (médicos, maestros, entrenadores deportivos), tal como lo practica hoy Cuba. Debe concebirse como una lógica de implicación consciente y democrática de ciudadanos. Se trata de compartir, consensuada, sostenible y solidariamente, lo que de verdad tenemos, en especial aquellos recursos y capacidades creadas por el pueblo en estas décadas de construcción socialista.

Cuba, como Estado nación, es una entidad geopolítica con personalidad jurídica internacional, dotada de reconocimiento y responsabilidades ante la comunidad de naciones, que precisa de un marco de estabilidad para su sobrevivencia y desarrollo, garantizando mejores condiciones de vida a sus ciudadanos. Ello no es malo ni bueno, simplemente es una realidad, y la activa y exitosa política internacionalista cubana, sustentada en principios firmemente enarbolados por 45 años, sólo ha logrado limitar esta situación que no puede, por la naturaleza objetiva de sus condicionamientos, ser completamente superada. Así, cuando cualquier Estado, incluso el más progresista, al estar encerrado en los marcos de su experiencia nacional, cumple con diversos requerimientos (de seguridad nacional, acumulación e inversión de capitales, satisfacción de necesidades ciudadanas, etc) establece de alguna forma, límites, a la capacidad de

imbricarse de modo más estrecho con los movimientos antisistémicos globales, no estadocéntricos.

En lo interno distingo, esquematizando, dos posturas principales en torno a nuestra cuestión nacional. El nacionalismo estadocéntrico excluye categorías completas de nacionales por consideraciones ideológicas, acude al adoctrinamiento hiperideologizante que provoca hastío y, a la larga, despolitización. Restringe las solidaridades militantes con movimientos populares y democráticos de otras latitudes, con cuyos gobiernos la realpolitik aconseja sostener buenas relaciones diplomáticas y comerciales, defiende unos amplísimos derechos del Estado sobre una ciudadanía necesitada de Estado de Derecho. Permite defender una noción decimonónica de patria, necesaria ante los vientos neoliberales, pero insuficiente para ofrecer alternativas ante la era del internet, las migraciones masivas y las demandas de la juventud crítica, hija de la educación socialista.

El nacionalismo postmoderno, por su parte, cree que la nación se halla contenida dentro del individuo, viaja allá donde uno se encuentre y se centra en categorías culturales folklóricas: comidas típicas, músicas y bailes. Es útil para sobrellevar la existencia allende los mares y sostener una identidad que, inevitablemente, se desdibuja y reconfigura. Llevado al extremo puede hacernos desconocer tanto las duras, pero concretas realidades de Cuba -sitio donde permanece la mayor parte de los compatriotas, donde se deciden las políticas y se confrontan los proyectos en pugna- como las amenazas derivadas de un capitalismo mafioso, repleto de capital y de ansias de revancha, allende el Estrecho de la Florida. En la mejor tradición de ir al extremo, propone una no-solución privatista al estatismo (uso del término consciente del potencial que yace en su ambigüedad), que bloquea cualquier intento ciudadanizador.

La población que, esperando los prometidos cambios estructurales, se dispone con una mezcla de cansancio e hidalguía a afrontar un injusto retorno de la crisis, así como la mayoría creciente de emigrados económicos, formados dentro de la cultura de Cuba revolucionaria, no tienen mucho que ganar, pers-

pectivamente, con estos nacionalismos gastados. Definir la agenda de un nacionalismo ciudadano, donde el gusto por lo nacional no derive en chovinismo o en rechazo disimulado y desmedida adoración por lo foráneo, parece cada vez más urgente.

Algo sucede y necesitamos pesarlo desde la psicología social. En la etapa prerrevolucionaria la escuela pública y la moral familiar lograron preservar valores patrióticos y cívicos a contrapelo de la cultura, la política y la empresa burguesas. Entonces al **cubano vivo**, como imagen institucionalizada de éxito, se le enfrentó la idea comunitaria de ser **pobre, pero honrado**. Hoy, sin embargo, cuando la función educativa y cultural es dominante en los medios de comunicación y la escuela, el efecto de la hiperpoliticación, la propaganda consumista y la crisis de la vida cotidiana, entre otros factores, conspiran para despolitizar (en un sentido amplio del término) a segmentos importantes de la población, convencidos en **desconectar, escapar y resolver** como pilares de un sentido de vida.

Además, las identidades políticas no son entidades permanentes, pues cambian y se re-construyen socialmente, y para complicar más el asunto, los miembros de una sociedad plural, cuyas fronteras geográficas, mediáticas y digitales son in-bloqueables, suelen tener identidades múltiples y complementarias a las que ofrecen alternativamente lealtad¹⁹. ¿Podemos responder con esquemas tradicionales a los jóvenes que “militan” en culturas urbanas de referentes globales, a los insertados en redes familiares transnacionales y en las comunidades crecientes del *Facebook* y el *Twitter*?

Me confieso creyente en el discurso incompleto de la Modernidad y no hallo en el Leviatán o en el *homo economicus* la matriz del tipo de ciudadano y comunidad nacional que proyecte un nacionalismo diferente para nuestro siglo XXI. Supondrá avanzar hacia una noción de igualdad compleja, resguardada por un Estado radicalmente reformado que siga siendo sensible a las demandas sociales, incorruptible ante las tentaciones del capital extranjero y celoso guardián de la soberanía frente a los poderes globales.

Recorro el caleidoscopio que dibuja, en la lejanía, las imágenes profanas de la nación latente y soñada. Veo una despedida que no sea final para los protagonistas de *Habana Blues*, un ordenamiento que responda a las demandas de

jama de un humilde Pánfilo y abrigue las justas aspiraciones democratizadoras de los jóvenes comunistas de la Universidad de Ciencias Informáticas²⁰. Una patria que, al posibilitar el concurso de todos sus ciudadanos, nos permita validar como auténtica la existencia de una comunidad nacional republicana y, al menos para mí, democráticamente socialista.



¹ Este texto nace de la gentil invitación hecha por el Consejo Editorial de la revista *Espacio Laical* para compartir algunas reflexiones nacidas de mis estudios sobre nación y nacionalismo en Hispanoamérica, realizados en los campos de la teoría e historia políticas, y de vivencias, sueños y esperanzas como miembro de nuestra gran familia cubana. Se nutre de mi fecunda experiencia como docente e investigador de Historia Universal e Historia del Pensamiento Político en la Universidad de La Habana de 2004 a 2008. A aquellos colegas y alumnos cuyas ideas han enriquecido mi acervo dedico estas líneas, abiertas, más que a la definición de cánones, al debate.

² De tal suerte “(...) la identidad nacional es una cuestión de competición infranacional y la esfera ideológica es un campo de batalla en la lucha por la hegemonía dentro de la nación” p. 60 (Szporluk, 2000)

³ p. 77 (Florescano, Enrique La historia y el historiador. México, DF, Fondo de Cultura Económica, 2000. P. 77).

⁴ p. 20 (Gellner, Ernest Nación y nacionalismo. México, Editorial Patria. Alianza Editorial, 1991. P. 20)

⁵ P. 23-25 (Anderson, Benedict Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México DF, Fondo de Cultura Económica, 2007. Pp. 23-25)

⁶ p. 161 (Gellner, Ernest Nación y nacionalismo. Ob. Cit. P. 161)

⁷ Idem. pp. 51 -52 y 82

⁸ Idem pp. 77-78

⁹ Beissinger, Mark “Nacionalismos que ladran y nacionalismos que muerden: Ernest Gellner y la sustanciación de las naciones”. En Estado y nación. Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo. John Hall (edit) Madrid, Cambridge University Press, 2000. P. 236.

¹⁰ Ello explica en buena parte el énfasis hacia el componente latinoamericanista, cubano y martiano dentro del ideario de la Revolución Cubana, que se produce al desaparecer el campo socialista y quedar en crisis el marxismo dogmático y la idea misma de socialismo. Ver idem. P. 238.

¹¹ Idem p. 240

¹² Obviamente, los cambios demográficos, de épocas, y de mentalidades, impactan con variada inmediatez en las normas e instituciones, por lo que ni el legado genocida de Bush Jr. puede mantenerse ad infinitum, ni la completa normalización de los vínculos entre nuestra nación y su emigración demorar mucho más. Resta aún por hacer en ambos escenarios.

¹³ Idem p. 248

¹⁴ Taylor, Charles “Nacionalismo y modernidad”. En Estado y nación. Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo. Ob. Cit. p. 267

¹⁵ Anderson, Benedict Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y el difusión del nacionalismo. Ob. Cit. P. 224.

¹⁶ Idem p. 225

¹⁷ Idem. P. 19

¹⁸ Moore, Barrington Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia, Ediciones Peninsula, Barcelona. 1991.

¹⁹ Stepan, Alfred “Las modernas democracias multinacionales: superando un oxímoron de Gellner”. En Estado y nación. Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo. Ob. Cit. P. 309

²⁰ El laureado filme, la irreverente declaración del ebrio habanero, como los debates estudiantiles con el Presidente de la Asamblea Nacional -todos los cuales reflejan miradas demarcadas de los discursos tradicionales de prensa estatal, la extranjera y la opositora- circularon ampliamente en redes informales y hoy pueden, además, encontrarse en www.youtube.com